

**Las paradojas de la política cultural canadiense
en la industria editorial en lengua inglesa.
Entre el proteccionismo y el libre comercio**

The Paradoxes of Canadian Cultural Policy
in the English-Language Publishing Industry:
Between Protectionism and Free Trade

José Antonio Martínez Díez Barroso*

Resumen: El presente artículo analiza las políticas culturales canadienses sobre la inversión extranjera en la industria editorial en lengua inglesa. Se concentra especialmente en el estudio de la Foreign Investment Review Act (FIRA) y la Investment Canada Act (ICA). Argumenta la existencia de una paradoja que enfrenta la protección gubernamental, representada por subsidios y programas de financiamiento a la edición, con la liberalización comercial que ha beneficiado a las editoriales transnacionales. Derivado de la información recopilada por la Association of Canadian Publishers (ACP), datos gubernamentales de Statistics Canada y la opinión de figuras públicas vinculadas a la industria del libro, se observa una ineficiencia en la aplicación de las políticas que ha permitido a editoriales extranjeras adquirir empresas canadienses y controlar la mayoría del mercado del libro en Canadá.

Palabras clave: Industria editorial canadiense; Políticas públicas; Proteccionismo cultural; Libre comercio; Estudios del libro; Estudios canadienses.

Abstract: This article analyzes Canadian cultural policies on foreign investment in the English-language publishing industry. It focuses particularly on the study of the Foreign Investment Review Act (FIRA) and the Investment Canada Act (ICA). It argues the existence of a paradox where government protection, represented by subsidies and publishing financing programs, clashes with trade liberalization that has benefited transnational publishers. Derived from information gathered by the Association of Canadian Publishers (ACP), governmental data from Statistics Canada, and the opinion of public figures linked to the book industry, an inefficiency in policy application is observed, allowing foreign publishers to acquire Canadian companies and control the majority of the book market in Canada.

Keywords: Canadian publishing industry; Public policy; Cultural protectionism; Free trade; Book studies; Canadian studies.

Introducción

En 2022, la editorial transnacional más grande del mundo, Penguin Random House, intentó comprar a otro gigante de la publicación de libros, Simon & Schuster. Pero una jueza estadounidense frenó la adquisición que, de concretarse, hubiera significado posibles prácticas monopólicas. El suceso fue mediático dado el protagonismo global de las editoriales involucradas. No obstante, este es un fenómeno que ocurre desde hace tiempo en varias partes del mundo y afecta particularmente a la región norteamericana.

Editoriales transnacionales absorben a pequeños sellos independientes, lo que modifica las decisiones de publicación, los acuerdos de edición y los puestos de trabajo. Incluso en un país con una considerable presencia gubernamental en políticas culturales como Canadá, sus editoriales nacionales muestran una desventaja competitiva con respecto a las transnacionales. La industria del libro en Canadá se debate entre el proteccionismo, representado por subsidios y programas de financiamiento a la edición, y el libre comercio, que defiende la desregulación y la apertura al capital transnacional. En ese contexto paradójico que ha caracterizado a los estudios canadienses (Martínez-Zalce y Tigau, 2022), se han venido produciendo compras y adquisiciones de pequeños sellos independientes, pese a los subsidios y a las diferentes políticas culturales. Lo que resulta relevante para quienes se interesen por el libro como objeto de estudio y por las políticas canadienses sobre cultura.

Este artículo examina el funcionamiento de las políticas destinadas a regular la participación de editoriales transnacionales. La primera de ellas fue la Foreign Investment Review Act (FIRA) que estuvo vigente y tuvo diversas variaciones hasta que la sustituyó en la década de 1990 la Investment Canada Act (ICA). En lo general, el objetivo de las legislaciones canadienses ha sido proteger a las editoriales nacionales, pero sin darle la espalda a la inversión extranjera. Sin embargo, este artículo propone que histórica y significativamente ha existido preferencia por el capital transnacional. Este argumento se basa en tres criterios: 1) un informe elaborado por la organización gremial de editores más grande del país, la Association of Canadian Publishers, que

documentan fallas en la aplicación de las políticas; 2) los datos brindados por la agencia federal canadiense Statistics Canada, que advierten de una desigualdad sustantiva en el ingreso entre editoriales transnacionales y nacionales con respecto a las exportaciones y a las ventas al interior del país; y 3) las posturas críticas de autores, editores y académicos que denuncian el acaparamiento del mercado del libro por capital extranjero con las consecuencias que eso genera para la producción editorial nacional.

De esa forma, este artículo se pregunta: ¿cómo han operado las políticas orientadas a regular la presencia de editoriales transnacionales en Canadá? Sugiere que las editoriales nacionales funcionan gracias al proteccionismo gubernamental, pero las transnacionales son las que realmente se han beneficiado a raíz del libre comercio.

Ahora bien, este trabajo no pretende idealizar el proteccionismo cultural, toda vez que se corre el riesgo de encaminarse hacia discursos nacionalistas y conservadores, los cuales son frecuentes actualmente en la región norteamericana.¹ Su objetivo es evidenciar deficiencias en la aplicación de políticas públicas. Igualmente, este artículo se concentra en la producción, distribución y lectura de libros en inglés, reconociendo, así, que la industria editorial canadiense se distingue en inglesa y francesa.

Su asidero teórico se halla en la intersección entre diferentes disciplinas que se ocupan de las industrias culturales y de las políticas públicas enfocadas en la protección o liberalización de la cultura. Si bien las ciencias políticas y de la comunicación, la sociología y los estudios culturales han tratado este tema, es pertinente una aproximación que conjugue sus diferentes visiones. Precisamente, este artículo se enmarca en el debate entre proteccionismo y libre comercio, reconociendo la relevancia que la noción de excepción cultural ha tenido para las industrias culturales de Canadá.

Las industrias culturales poseen una lógica particular que las distingue del resto. De acuerdo con Miège (1987), los productos editoriales son bienes materiales tangibles que se

¹ Es cierto que en Canadá todavía no se atestigua el tipo de nacionalismo que el trumpismo ha puesto en evidencia en Estados Unidos; sin embargo, los gobiernos conservadores, como el de Brian Mulroney, históricamente han defendido un proteccionismo que aboga porque la dirección de las industrias esté conformada por canadienses y no por personas migrantes.

venden y consumen individualmente. Aunque un libro se puede prestar, su lectura es personal. Sin embargo, hay otros productos culturales que Miège llama de “flujo”. Estos tienen un perfil dúctil que se acomoda a públicos masivos. Su venta y consumo son sociales, no personales. Por ejemplo, un concierto o una exhibición en salas de cine se vende individualmente, pero se consume socialmente.

A lo anterior hay que sumarle la presencia de empresas transnacionales en mercados locales. En ese caso, es necesario voltear a ver las políticas públicas. En Canadá, desde 1980, el gobierno incluyó la excepción cultural como una cláusula en sus acuerdos de libre comercio, posibilitando el establecimiento de programas de apoyo financiero en forma de subsidios y otorgando la capacidad de exentar de acuerdos comerciales a bienes con orientación cultural.²

Frau-Meigs describe la excepción cultural como una manera de legitimar la intervención y reglamentación de los Estados con la finalidad de apoyar la producción local. En general, su implementación puede rastrearse en los debates en torno al General Agreement on Trade and Tariffs (GATT), en el que se promovía la retirada de barreras aduaneras internacionales. Los defensores del proteccionismo sostenían que el Estado tiene la potestad de conducir las políticas internas en materia de cultura, apoyando a los creadores locales. Los promotores del libre comercio, por su parte, rechazaban la protección, argumentando que la cultura debe someterse a las leyes del mercado como cualquier otra industria.

Canadá no se opone del todo a la liberalización del mercado, sino que argumenta que la industrialización cultural de los países se da en diferentes fases (Frau-Meigs, 1987). Bajo esa idea, Canadá reclama un tratamiento especial para sus productos y servicios culturales en los foros de comercio internacional. Propugna por la igualdad en el acceso, la diversidad de contenido y los derechos de los creadores (Arizpe y Guiomar, 2005).

En ese sentido, este artículo pretende explorar la política cultural canadiense aplicada a la industria del libro. Espera probar que, aunque Canadá en el discurso se muestra a favor del

2 Por ejemplo, en el T-MEC, la cláusula sobre excepción cultural canadiense aparece en el capítulo 32, “Excepciones y Disposiciones Generales”, en el cual se especifica que el Tratado no aplica en medidas adoptadas o mantenidas por Canadá respecto a sus industrias culturales. Esta cláusula indica la inclinación aparentemente proteccionista del país del norte, y ha sido central dentro de sus legislaciones.

proteccionismo, en la práctica ha beneficiado a pocas editoriales transnacionales. Así, para sustentar lo dicho, el trabajo se divide en dos partes: una que se ocupa de las políticas anteriores y otra que profundiza en la actual. Y ejemplifica varias de las adquisiciones editoriales más destacadas para ilustrar la preferencia que tiene el libre comercio en el país. Por último, ofrece un cuadro que recopila otras compras no mencionadas en el artículo, pero relevantes para el argumento central, ya que se detiene en el impacto a la industria editorial en su conjunto. Además, se presenta una gráfica que indica la desigualdad de ingreso por ventas entre una editorial nacional y una transnacional.

Este artículo pretende indagar el contexto de la producción editorial canadiense de cara a sus políticas públicas, las cuales transitan entre el proteccionismo y el libre comercio. La finalidad es abonar a los estudios canadienses y del libro en Norteamérica. La pertinencia de estudiar el tema desde México radica en observar la aplicación de la política cultural canadiense relacionada con la industria editorial, la cual se presenta como proteccionista, pero termina por beneficiar a las empresas extranjeras. Mientras que la relevancia es entender cómo el acaparamiento del mercado editorial por empresas transnacionales es un proceso global que afecta incluso a países con un fuerte discurso político orientado a la protección de la cultura como Canadá.

Inicios de las políticas culturales canadienses sobre el libro nacional y extranjero

El contexto en el que surgieron las políticas culturales destinadas al libro puede rastrearse hasta la década de 1970. En 1977, se oficializó, a través de diferentes enmiendas, el Public Lending Right, fungiendo como una iniciativa que promovía y patrocinaba la cultura y la lectura. Dependía, a su vez, del Canada Council for the Arts, el cual, tenía entre sus misiones principales la gestión de subsidios destinados a libros de autores canadienses publicados por empresas de propiedad también canadiense (Roht, 1978: 535).

Posteriormente, en 1979, el gobierno volvió a utilizar ese criterio para crear la política pública editorial más grande del país bajo el nombre de Canadian Book Publishing Development Fund, actualmente conocida simplemente como Canadian Book Fund. Se trataba de un programa gubernamental administrado por el Department of Canadian Heritage y cuyo objetivo era reforzar

la industria editorial, apoyando el desarrollo tecnológico y la creación de infraestructura (George y Bradfield, 1984).

Sin embargo, diferentes editores llegaron a considerar que el Canadian Book Fund era insuficiente (Li, 2017). Vieron la necesidad de regular todavía más la participación de editoriales extranjeras en la edición de libros. De igual forma, buscaron controlar la distribución y la venta al por menor (Lorimer, 2013).

Sus temores estaban fundados en las cada vez más frecuentes compras y absorciones de editoriales locales por parte de transnacionales ocurridas en la década de 1980. Uno de los incidentes más destacables y que accionó las alarmas de todos aquellos dedicados a la industria del libro en Canadá fue la venta de dos editoriales icónicas. Los emblemáticos sellos W. J. Gage y Ryerson Press pasaron a formar parte de las empresas transnacionales Simon & Schuster y McGraw Hill, respectivamente, lo que preocupó incluso a políticos y a la sociedad civil, debido a la reducción del catálogo editorial de autores canadienses y a la disminución de empleos (Parker, 2002; Wayne Knights, 2011; Fulford, 2017). Esta absorción se interpretó como un peligro. Era un riesgo para la industria editorial local, la cual cada vez tenía menos posibilidades de competir en igualdad de condiciones con las editoriales transnacionales (Kuitenbrouwer, 2017).

Temporalmente, este evento coincidió con el resabio del nacionalismo cultural de la década de 1970, compartido tanto por los editores pertenecientes al gremio representado por la Association of Canadian Publishers (ACP)³ como por los políticos. Un ejemplo de ello fue la declaración del Secretario de Estado, Gérard Pelletier, quien anunció una primera medida tomada por el gobierno para proteger la industria editorial de lengua inglesa en Canadá. Afirmó en un comunicado nacional que era necesario que los editores y la industria en su conjunto estuvieran en manos de canadienses, ya que esto era "essential to the cultural development of Canadians" (MacSkimming, 2017: 6).

3 En Canadá, el nacionalismo ha estado estrechamente vinculado con la industria editorial. Los primeros editores canadienses no solo buscaban una autonomía para reducir la importación de libros de Inglaterra y Estados Unidos, sino también promover la publicación de expresiones culturales locales, como novelas y poesía. Esta estrategia tenía el objetivo de crear una industria editorial que apoyara la búsqueda de identidad nacional que surgió en la década de 1980 y que continuó con las políticas multiculturales (Parker et al., 2007).

Las declaraciones de Pelletier se daban bajo la administración liberal del Primer Ministro Pierre Trudeau. En un intento por escuchar y dar respuesta a las demandas nacionalistas, ese gobierno creó en 1973 la Foreign Investment Review Act (FIRA). Entre otras cláusulas, la legislación estipulaba que la inversión extranjera solo podría ocurrir siempre y cuando el gobierno, después de una atenta deliberación, resolviera que la participación de empresas no canadienses traería mayores beneficios al país, es decir, que más personas se vieran favorecidas por el capital transnacional (Globerman, 1984).

En la industria editorial, la regulación se anunció en 1974. FIRA prohibía a las empresas emergentes de propiedad extranjera y a los editores extranjeros comprar editoriales canadienses (O'Sullivan, 1980). El gobierno se comprometió a que esta política fortalecería la industria editorial. Incluso el Secretario de Estado Hugh Faulkner mencionó que:

The Canadian government believes strongly that the major segment of the book publishing industry in Canada should be owned by Canadians. Canadian books and magazines are too important to the cultural and intellectual life of this country to be allowed to come completely under foreign control, however sympathetic and benign. (1974: 3).

De hecho, FIRA proporcionó algunos beneficios considerables a la industria editorial canadiense. Un ejemplo concierne a la compañía editorial estatal General Publishing Group, importante en la distribución de libros educativos al interior del país (MacSkimming, 2007). En la década de 1980, Simon & Schuster era una destacada empresa editorial en Norteamérica. Uno de sus éxitos en el mercado era el popular sello editorial Pocket Books, una serie de libros de bolsillo, cuyo diseño estaba pensado para leerse entre el trabajo y el hogar. Su portabilidad facilitaba su lectura en el transporte público o mientras se mataba el tiempo esperando algo. La intención era tener un producto editorial adaptable a las dinámicas urbanas y que permitiera a los lectores llevar un libro consigo, sin que eso implicara sacrificar espacio (Desai, 2018). Los Pocket Books de Simon & Schuster entraron a Canadá con fuerza y se volvieron un éxito notable

bajo los criterios de la industria editorial.⁴ Por esa razón, la empresa transnacional trató en un primer momento de distribuir sus productos por sí misma; sin embargo, la entrada en vigor de FIRA se lo prohibió (MacSkimming, 2007).

Para comercializar su sello en Canadá, requirió de la ayuda de un intermediario local. Simon & Schuster firmó un acuerdo con General Publishing Group para gestionar los derechos de distribución (Castaldo, 2022). Esto, de acuerdo con algunos estudiosos de la industria del libro (MacSkimming, 2007; Lorimer, 2013), sirvió para que se repartieran las ganancias e incluso incentivó a la empresa extranjera a publicar a autores canadienses bajo el entendido de agradar a los consumidores nacionales, subrayando así un caso de éxito en torno a la FIRA.

No obstante, una política pública tan proteccionista encontró diferentes dificultades en su implementación. Generó preocupación entre el principal socio comercial de Canadá y vecino: Estados Unidos. La razón era que amenazaba y ponía en entredicho los acuerdos de libre comercio alcanzados con la firma del Free Trade Agreement (FTA) (O'Sullivan, 1980).

Otra dificultad tuvo que ver con la política interna. Los canadienses también cuestionaron la FIRA. Algunos de ellos percibieron que el gobierno había ido demasiado lejos, adjudicándose funciones que no le competían y amenazando la libertad comercial (O'Sullivan, 1980). Igualmente, hubo oposiciones provenientes de las provincias económicamente desfavorecidas de Canadá. Mientras que en las ciudades más grandes del país se desarrollaba una industria local fuerte, ese no era el caso en las localidades periféricas. En esas provincias se veía con buenos ojos la entrada de empresas transnacionales que dinamizaran su economía (Dewar, 2017). Lo que levantó opiniones encontradas entre diversos sectores de la sociedad canadiense. Contrario a lo que se podría pensar, en la industria editorial algunos comerciantes de libros que vendían en las provincias menos privilegiadas preferían no tener restricciones en la inversión extranjera, interpretando que tener más libros en los estantes significaría mayores ventas. De acuerdo con O'Sullivan, quien intentó recoger el sentir de la industria editorial de la época, FIRA

4 En Canadá, los Pocket Books lograron buenos índices de ventas y relevancia social debido a sus bajos costos de producción, lo que redujo su precio en el mercado. Tras su lanzamiento, se observó un notable aumento en la venta de libros y en los índices de lectura (Desai, 2018).

“has not proven to be the definitive solution to Canada’s foreign investment troubles” (1980: 175). El problema era que se pretendió la aplicación de una política generalizada en lugar de una diferenciada.

Las críticas que se multiplicaban cada vez más y la amenaza de que la política pública fuera asociada con un tipo de proteccionismo socialista (Calhoun, 1998) alentaron al gobierno a modificarla en un intento por conciliar la demanda de inversión extranjera y el cuidado a las industrias locales.

En consecuencia, la FIRA fue sustituida por la Investment Canada Act (ICA), la cual se promovió y promulgó desde la administración del Primer Ministro Brian Mulroney, completándose el 20 de junio de 1985. Mulroney, líder del (ahora extinto) Partido Progresista Conservador de Canadá, buscó una ley diferente a la FIRA. La ICA se basaba en la suposición de que la inversión extranjera en Canadá debería contribuir al crecimiento económico y al pleno empleo (Pennee, 1999).

La administración Mulroney adoptó un enfoque diferente hacia la inversión extranjera. Su gestión tenía una inclinación por los mercados libres, la desregulación y la privatización. Quería transmitir al mundo que Canadá estaba abierta a los negocios. Durante su gobierno se hicieron algunos intentos para proteger la industria editorial de lengua inglesa canadiense y evitar que el capital extranjero monopolizara el mercado nacional del libro (Montpetit, 2016). Sin embargo, en la práctica, fue imposible desarrollar una política pública fuerte para contrarrestar los intereses económicos (Taras, 2008). La tendencia por el libre comercio prevaleció y, gradualmente, algunas de las editoriales más emblemáticas de Canadá pasaron a manos de empresas transnacionales.

Esto fue un proceso dual y paulatino en el que se contraponían y en ocasiones se confrontaban dos visiones: una que abogaba por el liberalismo con otra que defendía el proteccionismo. Un ejemplo de esa paradoja fue la introducción de la llamada Baie Comeau Policy en 1984 por el Ministro de Patrimonio, Marcel Masse. La política establecía que el gobierno se encargaría únicamente de la promoción de la cultura. Aunque aceptaba que los acuerdos de libre comercio representaban una amenaza para la soberanía, no acogía con agrado que las industrias canadienses fueran exclusivamente de propiedad nacional (Prévost, 1994). Se preocupaba

especialmente por complacer a votantes y cosechar la suficiente fuerza política para el partido conservador (Norton, 1991). En otras palabras, la Baie Comeau Policy fue una maniobra política que perseguía el consenso entre quienes querían apertura comercial y aquellos que se orientaban hacia la regulación gubernamental (Montpetit, 2016). Era también un medio para atraer inversión extranjera sin alterar aparentemente la propiedad privada (Penne, 1999).

Si bien en la industria editorial la Baie Comeau Policy continuó prohibiendo que empresas y editores extranjeros adquirieran completamente los sellos editoriales locales, lo cierto es que al capital transnacional se le facilitó la compra de subsidiarias destinadas a la publicación y distribución de libros al interior del país, algo que hasta entonces no había sido posible sin desatar objeciones (Prévost, 1994). Vale decir, discursivamente se hicieron intentos para proteger la industria editorial canadiense, pero la administración Mulroney tenía un interés especial en las empresas editoriales transnacionales. En el periodo se fomentó el capital extranjero y editoriales estadounidenses, británicas y alemanas se hicieron cargo de algunos de los sellos en lengua inglesa más destacados de Canadá (Norton, 1991).

En la industria editorial, un caso que ejemplifica la postura del gobierno canadiense frente al libre comercio y el proteccionismo fue la venta de la subsidiada General Learning Corporation (GLC). Simon & Schuster ofreció comprar el 49% de la empresa, permitiendo que el 51% restante siguiera bajo control gubernamental, conforme a la FIRA y la Baie Comeau Policy (Smitka, 2014). Esta estrategia aseguraba que GLC mantuviera el subsidio estatal, disponible solo para empresas de capital canadiense. GLC no era rentable, y sin el subsidio, la adquisición no habría sido viable. Simon & Schuster pagó 10.3 millones de dólares canadienses para hacerse con un sello financiado por el gobierno y atractivo para inversores extranjeros.

Para concretar la transacción, Simon & Schuster invocó el FTA, cuya cláusula 1607 obligaba al gobierno canadiense a compensar a los inversores estadounidenses "for any assets divested under Canadian law, whenever no acceptable offer was received from the private sector" (MacSkimming, 2017: 9). Esto permitió a la editorial argumentar que, al no haber ofertas previas del sector privado, tenía derecho a comprar GLC. Este caso ilustra una de las paradojas de la política cultural canadiense: por un lado, protegía sus editoriales mediante subsidios y

priorizaba la propiedad canadiense, pero al mismo tiempo favorecía el libre comercio, beneficiando a editoriales transnacionales (Dwivedi, 2021).

La preocupación principal del gremio de editores reunidos en la ACP no era la inversión de capital transnacional en editoriales locales, sino quién controlaría las decisiones sobre publicación y distribución (Parker, 2002). Aunque se podría pensar que el gobierno canadiense, como propietario mayoritario de GLC, tendría la última palabra, Simon & Schuster decidía qué autores publicar y dónde vender. Además, gestionaba acuerdos contractuales, puntos de venta, campañas publicitarias, derechos de autor, y decisiones sobre los activos de la empresa (Parker et al., 2007). Como resultado, GLC publicó más autores extranjeros y menos escritores nacionales.

El gobierno afirmaba que era necesario mantener la cultura fuera del debate (MacSkimming, 2017), pero ni la FIRA ni la Baie Comeau Policy lograron regular el mercado editorial ni frenar las absorciones editoriales que comenzaron en los años 80 y continuaron en el siglo XXI. La situación era compleja, pues el gobierno tenía poco margen de acción. Intervenir habría significado violar acuerdos comerciales clave, como el FTA con Estados Unidos, de los cuales Canadá no podía retirarse. Sin embargo, no involucrarse y dejar de proteger la industria editorial ponía en riesgo el control sobre lo que se publicaba, distribuía y leía en el país, afectando su autonomía editorial.⁵

Todo esto se agravó años después cuando el grupo transnacional Pearson compró y tomó el control de New American Library en 1988. En esa ocasión, el gobierno no planteó ninguna objeción. Lo que reflejaba el fracaso de una política pública que pretendía que la industria editorial de lengua inglesa en Canadá fuera de propiedad canadiense. Como argumenta MacSkimming, "its fate illustrates the folly of a government adopting a policy that it lacks the political will to enforce" (2017: 9).

⁵ La autonomía editorial, a menudo asociada con ideas nacionalistas y soberanistas, se refiere a la capacidad de un país para editar y distribuir las obras culturales de sus autores sin la intervención de empresas transnacionales que puedan no seguir la agenda nacional. En Canadá, el objetivo es permitir que los autores tengan éxito sin necesidad de trasladarse a Estados Unidos o Inglaterra, centros editoriales históricos. No obstante, la autonomía editorial ha sido frecuentemente relegada en favor de la globalización, que ha dominado los discursos mediáticos y académicos (Castellano, 2004).

Adicionalmente, como lo señalan los editores pertenecientes a la ACP, los datos brindados por el propio gobierno de Canadá e incluso escritoras tan relevantes para la cultura del país como Margaret Atwood las políticas públicas relacionadas con la cultura privilegian desigualmente al capital extranjero sobre el nacional. Lo que repercute en los productos culturales producidos al interior de Canadá y relevantes para la representación de sus identidades, como pueden serlo los libros.

Contradicciones en las políticas culturales del libro en Canadá. Proteccionismo y libre comercio

Posterior al fracaso de la FIRA y al de la Baie Comeau Policy, el Canadian Department of Heritage estableció la Foreign Investment Policy in Book Publishing and Distribution en 1985. Sin embargo, la ley no fue revisada ni aprobada, sino hasta algunos años después, concretamente, en 1992. Actualmente, en la segunda década del siglo XXI, esa legislación sigue aún vigente en el país y se adaptó para funcionar dentro de las cláusulas de la anteriormente mencionada Investment Canada Act (ICA) (Globerman, 2015). Lo que significa que la ICA regula la participación del capital extranjero en la industria editorial.

La orientación de la ICA alrededor de la comercialización editorial entró oficialmente en vigor durante la administración del Primer Ministro Jean Chrétien. Tenía como uno de sus objetivos proteger el mercado del libro y crear una industria editorial nacional fuerte, pero sin rivalizar abierta y frontalmente con la inversión privada extranjera, la cual continuó ocupando un lugar relevante (Frigon, 2011). Como pretendían la FIRA y la Baie Comeau Policy, la idea detrás de la ICA era que los editores nacionales publicaran y comercializaran más libros que sus contrapartes transnacionales. Al mismo tiempo, buscaba consolidar una industria editorial que interactuara con otras industrias locales y beneficiara a los trabajadores canadienses. Pero de acuerdo con Godard (2000), Lorimer (2013), Scott y Tucker-Abramson (2007) y Li (2017) esta ley, como sucedió con las otras, quedó en una serie de buenas intenciones que no repercutieron significativamente en el mercado del libro canadiense. La administración Chrétien no la desarrolló a fondo, ni hubo un intento relevante para que su aplicación se hiciera sentir plenamente en la industria del libro. Mientras tanto, las posteriores administraciones de Stephen Harper y Justin

Trudeau mostraron más preocupación en la inversión extranjera como una manera de apuntalar las industrias de Canadá (Burney y Ackhurst, 2011). En la edición de libros, esas administraciones relajaron el proteccionismo de las políticas públicas y aprobaron la adquisición de editoriales canadienses (Scott y Tucker-Abramson, 2007).

Todo esto no pasó desapercibido por los editores de la Association of Canadian Publishers (ACP), quienes en un informe documentaron las irregularidades en que incurrieron las editoriales transnacionales, las cuales, pese a las prohibiciones legales, obviaron lo estipulado en la ICA y adquirieron casas editoriales canadienses. El informe encargado por la ACP lo recopiló Roy MacSkimming en 2017 bajo el nombre de NET BENEFIT. Canada's Policy on Foreign Investment in the Book Industry. Denunciaba diversos casos y detallaba cuidadosamente dos, mismos que despertaron mayor indignación de parte de la ACP debido a la relevancia de los sellos editoriales vendidos.

Uno de esos casos fue el de la emblemática editorial McClelland & Stewart, que pasó a ser un sello editorial más propiedad de la empresa transnacional Penguin Random House. En 1971, Jack McClelland, dueño de McClelland & Stewart, decidió vender la empresa que había fundado su padre.⁶ No podía seguir publicando libros, porque la editorial tenía una deuda de \$3 millones en pagos de préstamos (Parker et al., 2007: 71; Smitka, 2014: 49). En ese momento, el anuncio sorprendió a la sociedad canadiense y reavivó el debate sobre las industrias culturales, el proteccionismo y el libre comercio en América del Norte.

La venta desató las opiniones de casi todos en la industria del libro, así como de aquellos interesados en la publicación y la lectura (MacSkimming, 2007: 147). Escritores conocidos y personalidades de los medios relacionados con la industria editorial en lengua inglesa de Canadá comentaron la situación de McClelland & Stewart. Por ejemplo, Campbell Hughes, quien era jefe del Canadian Book Publisher's Council, señaló que la venta de editoriales locales a empresas

6 Después de la guerra de Vietnam, algunos veteranos canadienses fundaron empresas locales influenciados por ideas nacionalistas, buscando una industria independiente de compañías extranjeras. Entre ellos estaba Jack McClelland, quien observó que muchos escritores canadienses tenían que mudarse a Londres o Nueva York para que sus obras fueran reconocidas en los mercados de habla inglesa. McClelland propuso crear una editorial en Toronto para dar voz a autores locales y promover sus obras dentro del país (Smitka, 2014).

extranjeras era una súplica urgente de ayuda (Parker, 2002). Asimismo, el reconocido pensador, Marshall McLuhan, apuntó que el público debería preocuparse más por las editoriales locales como McClelland & Stewart, porque “they are more important for Canadians than the CBC could possibly be” (Smitka, 2014: 50). Incluso el propio Jack McClelland concluyó que el gobierno tendría que tomar medidas para proteger las industrias editoriales de Canadá de las empresas extranjeras. De acuerdo con su criterio, todos los libros hechos en Canadá podrían subsidiarse para hacer frente a los altos costos de producción y distribución, considerando la geografía del país, la cual aloja una población dispersa en un extenso territorio (Smitka, 2014).

Sin embargo, a pesar de las preocupaciones de escritores y de editores y de las cláusulas a favor de regular el capital extranjero defendidas en la ICA, la venta de McClelland & Stewart finalmente se llevó a cabo sin que se aplicaran los criterios de la legislación canadiense. La adquisición de la editorial y de su subsidiaria, Tundra Books, sucedió a lo largo de 11 años.

Primero, la Universidad de Toronto adquirió el 75% de McClelland & Stewart, respetando la condición de mantener el control canadiense. Posteriormente, Penguin Random House compró el 25% restante y asumió el control editorial (Medley, 2012). Con el tiempo, redujo personal y aumentó la deuda, aunque la editorial siguió subsidiada (Dewar, 2022). En 2011, Penguin Random House compró la totalidad de McClelland & Stewart, tras negociar con la Universidad de Toronto, que accedió a la venta, argumentando que una editorial universitaria no tendría grandes beneficios comerciales.

Aunque esto violaba lo estipulado en la ICA, el gobierno no presentó quejas, exigiendo solo que la editorial mantuviera su nombre y siguiera publicando autores canadienses (Smitka, 2014). Sin embargo, los editores, mediante informes como el de la ACP, expresaron su preocupación por la pérdida de la industria nacional del libro ante las empresas transnacionales (Wayne Knights, 2011). Temían que la ICA no cumpliera su objetivo, dado el creciente número de editoriales canadienses absorbidas por compañías extranjeras.

Una situación similar ocurrió con la editorial Harlequin Press, especializada en novelas rosas, que alcanzó su mayor éxito en la década de 1990, exportando literatura canadiense a nivel internacional (Hemmungs Wirtén, 1998). A pesar de su éxito, fue adquirida por HarperCollins en

2014, en un proceso gradual para evadir las regulaciones de la ICA, con justificaciones que no convencieron a los editores de la ACP. Según Elaine Dewar (2017), Harlequin argumentó al gobierno que, al ser una empresa global, no tenía un vínculo cultural específico con Canadá, sugiriendo que no requería protección gubernamental. No se mencionó que si una editorial global como esa hubiera apoyado a escritores canadienses, estos podrían haber ganado reconocimiento internacional.⁷ Harlequin tuvo la oportunidad de funcionar como una plataforma que impulsara la literatura canadiense más allá de sus fronteras. En cambio, fue vendida al capital extranjero sin ninguna intervención gubernamental considerable (Hemmungs Wirtén, 1998).

Esta transacción alertó a los editores, quienes observaban cómo, a pesar de que el gobierno proclamaba proteger a las editoriales nacionales y les otorgaba subsidios, al mismo tiempo permitía la intervención del capital extranjero, lo que a menudo resultaba en la pérdida de propiedad local. Esta paradoja entre el proteccionismo y el libre comercio ha sido una constante en la industria del libro en Canadá. En la Tabla 1 se muestran las ventas de editoriales que infringen la ICA y el impacto en la industria, basándose en un informe de la ACP y notas periodísticas.

Tabla 1. Ventas e impactos en la industria editorial canadiense en inglés que infringen la ICA

Periodos de adquisición	Editoriales canadienses en inglés	Empresa transnacional propietaria	Impacto en la industria editorial canadiense
1992	Fitzhenry & Whiteside	HarperCollins	Pérdida de ingresos y de puestos de trabajo para ciudadanos del país
1999	Stoddart, General Publishing y Ron	Random House	Concentración del 25 por ciento del mercado del libros en inglés.

7 Eva Hemmungs Wirtén (1998) propone la idea de que Harlequin Press funcionó bien como una empresa capaz de adaptarse a los diferentes contextos culturales en los que se asentó. Entendió bien la globalización y el tipo de subjetividad que se pretendía extender a los diferentes mercados. En vez de enfocarse en localismos y particularidades, Harlequin apelaba a emociones primarias explicadas sencillamente que despertaban sentimientos viscerales en los lectores. La mayoría de su catálogo eran novelas románticas. No obstante, la editorial logró construir un renombre internacional y estuvo entre las empresas del libro más valoradas, lo que, según Hemmungs Wirtén, pudo haberse sido utilizado por los escritores canadienses para llegar a más mercados.

Besse's Canada Publishing			
2000-2014	John Coutts Library Service	BMBC Books/Ingram	Aunque Ingram, el gigante mayorista estadounidense, prometió mantener el negocio en Canadá tras la compra de John Coutts en 2006, en 2014 cerró las instalaciones canadienses y trasladó sus operaciones a Estados Unidos. Esto resultó en la pérdida de empleos y en cambios en el tipo de material bibliográfico que los editores canadienses reciben.
2012-2015	Kobo	Rakuten	En 2012, Kobo se vendió al conglomerado tecnológico japonés Rakuten. Esto era contrario a la ICA, pues no especificaba cómo se beneficiaría la industria editorial canadiense en inglés de la transacción.
2012	Nelson Canada	Cengage	Cengage adquirió Nelson Canada, la editorial educativa más grande del país, con la aprobación del Department of Canadian Heritage. A pesar de haber recibido asistencia gubernamental para producir y distribuir libros en las escuelas, esto no fue suficiente. Con la venta de la editorial, se perdieron puestos de trabajo.

Ahora bien, este fenómeno no solo lo documentan los editores pertenecientes a la ACP (Nawotka, 2024), sino también aparece en informes oficiales del propio gobierno, donde se detalla que un puñado de empresas extranjeras concentran casi la mitad de las ganancias, mientras que más de doscientas editoriales nacionales, gran parte subsidiadas, se disputan la otra mitad, generando una repartición inequitativa del mercado (Statistics Canada, 2020).

Por ejemplo, en 2020, la agencia del gobierno federal canadiense encargada de recoger y compilar datos estadísticos, Statistics Canada, documentó en el informe *Book Publishing Industry, 2020* que las editoriales del país recaudaron \$673.6 millones de dólares por ventas de exportación. Y las editoriales extranjeras ganaron \$635.3 millones de dólares bajo el mismo

concepto. Aunque a primera vista esto representaría \$38.3 millones de dólares más para las industrias editoriales nacionales, hay una distribución desigual.

En lo general, las empresas transnacionales que operan en la industria editorial de Canadá conforman lo que se conoce como las “cinco grandes”: Penguin Random House, HarperCollins, Simon & Schuster, Hachette y Macmillan (Leong-Chung et al, 2017). En otras palabras, los \$635.3 millones de dólares que ganan las editoriales extranjeras se reparten únicamente entre cinco empresas (Dewar, 2022). Lo que significa que, en promedio, cada una de ellas obtiene cerca de \$127.06 millones de dólares por las ventas de libros exportados.

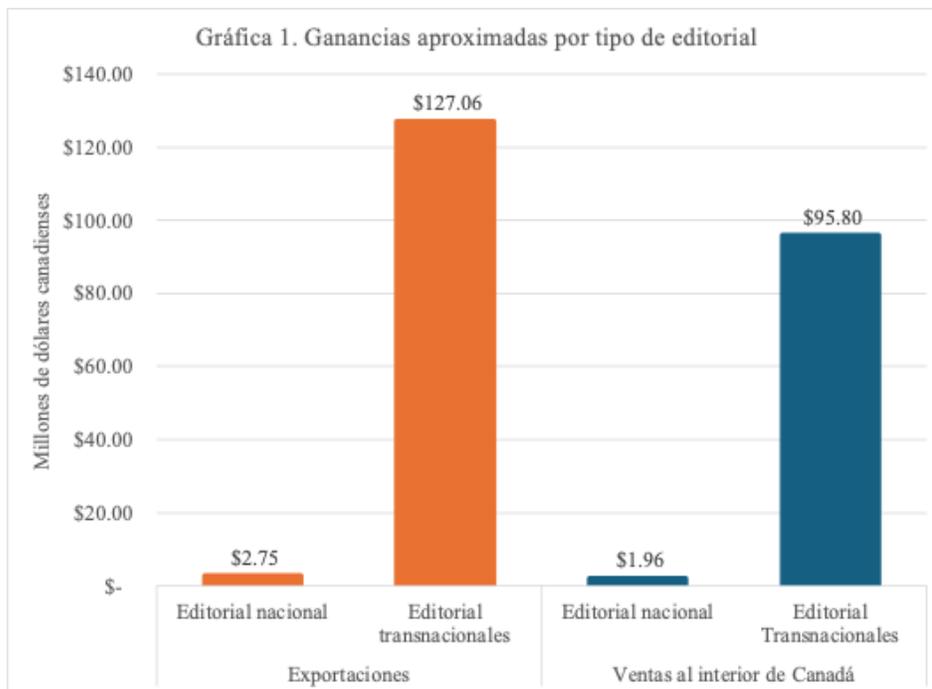
Haciendo un cálculo similar para las editoriales nacionales, las cifras son considerablemente menores. La ACP documenta la existencia de por lo menos 245 editoriales canadienses en lengua inglesa. Esto implica que los \$673.6 millones de dólares que ganan las editoriales nacionales se tienen que dividir entre un número mucho mayor. Si se promedian estos datos, cada editorial local recibe solo \$2.7 millones de dólares; es decir, aproximadamente el 2.1% de lo que cada editorial transnacional obtiene de ganancia producto de la exportación de títulos.

Sin embargo, algo similar ocurre con la venta de libros al interior del país. En el caso de las ventas locales, las editoriales extranjeras generan \$478.6 millones de dólares; las nacionales, \$416.1 millones de dólares. Esto es, una diferencia de \$62.5 millones de dólares. Como en las exportaciones, la distribución se divide entre pocas editoriales transnacionales y abundantes nacionales. En promedio, cada transnacional gana \$95.7 millones de dólares vendiendo sus libros en Canadá y cada nacional recauda alrededor de \$1.6 millones de dólares. En otras palabras, las empresas transnacionales reciben \$95 dólares por cada dólar que llega a las editoriales canadienses. Esto resulta en una desigualdad significativa, donde el mercado editorial canadiense beneficia más a las editoriales extranjeras que a la industria editorial nacional.

Aunque parece que las editoriales extranjeras y nacionales reciben regalías similares por la venta de libros en Canadá, hay muchas editoriales locales, y debido a eso, sus ingresos son bajos. Una parte significativa del mercado de libros en Canadá está dominada por unas pocas, pero muy influyentes, editoriales extranjeras.

El objetivo de la ICA, dirigido a regular la presencia de editoriales extranjeras en el mercado cultural canadiense, ignoró la distribución equitativa de los ingresos. Tampoco examinó profundamente las condiciones competitivas, ni evaluó las consecuencias de optar por una política generalizada en vez de una diferenciada.

En la Gráfica 1, hecha con los datos de Statistics Canada, se exponen comparativamente las ganancias aproximadas por tipo de editorial, destacando que, por concepto de exportación y por ventas al interior del país, cada editorial transnacional percibe un ingreso económico considerablemente mayor en comparación con cada editorial canadiense.



Todo eso subraya una distribución inequitativa del mercado editorial denunciada por los editores que integran la ACP y evidenciada por Statistics Canada. Pero existen también importantes voces vinculadas con la comercialización de productos editoriales que se han pronunciado al respecto. En una entrevista sobre la situación de la industria editorial canadiense, la mundialmente reconocida escritora Margaret Atwood aseguró que el problema giraba en torno a que las empresas transnacionales se aprovechan de su capacidad económica para dictar cuáles títulos se publicaban y cómo se distribuían.

The whole publishing industry, as we know it today, has become much more consumptive of money. It is much more costly to publish books these days and it is much harder to get them distributed because big chains control distribution outfits. Therefore, a great deal of talent is filtered out because the distributors think that there is no market for it. Whereas we could really do anything we wanted because there was no market at all (2009: 3).

En su opinión, la clave está en equilibrar la situación de la industria editorial canadiense. La influencia de las empresas transnacionales, respaldadas por acuerdos de libre comercio, dificulta la supervivencia de las editoriales locales más pequeñas. Estos sellos, con tirajes reducidos y problemas para posicionar sus títulos en librerías, dependen de los subsidios gubernamentales, creando una dependencia difícil de superar. La industria del libro, guiada por criterios económicos, desplaza los esfuerzos de los editores independientes para promover un ecosistema bibliodiverso, donde se valoren catálogos variados y autores que aborden problemáticas locales.

Esto aparece cada vez más como un fenómeno que afecta diferenciadamente a la región norteamericana. En 2017, la investigadora Gisèle Sapiro condujo una serie de entrevistas para conocer la percepción de los editores independientes norteamericanos, quienes se mostraron reacios a la participación desregulada de las empresas transnacionales en el mercado del libro. Uno de esos editores aseguraba que

Hay un mayor interés por el mundo de parte de las grandes editoriales simplemente porque quieren tenerlo todo. Es uno de los aspectos de la globalización. No es que quieran presentarle al pueblo estadounidense, a los lectores estadounidenses, voces auténticas para explicar lo que ocurre realmente en esos países por gente que sabe verdaderamente, no es eso en absoluto. Es en cierto modo lo contrario. Es justamente que irán a donde sea con tal de encontrar una historia sexy o la misma historia en un mismo marco exótico. Es mucho peor de lo que puedo describir (Sapiro, 2017: 34)

Similarmente, este problema se ha identificado desde sectores asociados con la academia. En un artículo que contrapuntea la política multicultural de Canadá y los premios literarios, Jennifer Scott y Myka Tucker-Abramson hacen eco de una crítica que realiza la traductora Barbara Godard hacia la industria editorial. Famosa por sus reflexiones sobre el modo en que la traducción desde una mirada feminista circula y gana terreno dentro de las industrias

editoriales canadienses, Godard “suggests that there is such a thing as ‘sound cultural production and good publishing,’ suggesting the possibility of a qualitative value judgement that is discrete and uninfluenced by the capitalist societies of publication” (2007: 13). Esta idea evidencia la necesidad de que no todo se someta a los criterios del libre mercado. Hace notar que hay elementos que funcionan mejor como bienes comunes que requieren de un adecuado sustento social y, por consiguiente, estatal para beneficiar a las personas (Godard, 2020).

La ICA demostró buenas intenciones. Existió para regular y proteger la industria editorial de las empresas transnacionales. Pero no fue suficiente y el libre comercio terminó por imponerse, como lo documentan los editores de la ACP, lo evidencian los datos recopilados por Statistics Canada y lo indican las opiniones de los autores canadienses. Eso no quiere decir que el proteccionismo haya desaparecido por completo de las políticas públicas, sigue presente en los subsidios destinados a las editoriales nacionales, los cuales son necesarios para que esas empresas mantengan su funcionamiento. Sin ellos, las más de doscientas editoriales no podrían subsistir, lo que subraya la dependencia gubernamental, pero también destaca una reñida competencia por acaparar un sector de mercado que, en comparación con otras industrias de la cultura,⁸ es relativamente pequeño. Lo que coloca a la industria editorial canadiense en una paradoja que confronta dos modelos aparentemente antagónicos de comprender la cultura. Protegerla desde el gobierno u orientarla hacia el libre comercio.

Conclusión

Las políticas dirigidas a la inversión extranjera que inciden en las industrias editoriales canadienses se hallan entre el proteccionismo y el libre comercio. El gobierno, a través de subsidios y financiamientos, promueve la subsistencia de editoriales nacionales que pueblan el

⁸ Para Hesmondhalgh (2012) ni las estrategias empresariales de la industria editorial ni las políticas públicas de los gobiernos han logrado aumentar significativamente el número de lectores. Esto ha resultado en un mercado reducido para el consumo de libros. Con pocos lectores, las editoriales deben competir intensamente para capturar una cuota de mercado constante, lo que lleva a luchas internas más agudas. En lugar de innovar o colaborar con los gobiernos, las absorciones y fusiones entre editoriales se vuelven más frecuentes.

panorama cultural del país; sin embargo, ha mostrado también una preferencia notable hacia el capital transnacional, facilitando la compra de esas mismas editoriales.

Esta es una paradoja que ilustra la coexistencia de la protección gubernamental junto con la liberalización comercial. La intención de las políticas destinadas a la edición como FIRA e ICA era evitar que las empresas extranjeras acapararan la industria del libro canadiense. Pero su aplicación no fue del todo satisfactoria. Los editores de la ACP, los datos gubernamentales de Statistics Canada y la opinión de figuras públicas vinculadas a la edición señalan una ineficiencia en la regulación del capital extranjero y una propensión a que adquiera editoriales nacionales sin grandes obstáculos.

La forma en que han operado las políticas que regulan la presencia de editoriales transnacionales en Canadá demuestra un comportamiento más ventajoso para el gran capital de la edición que para los sellos nacionales e independientes. Lo que de ninguna manera quiere decir que el gobierno haya abandonado a las editoriales. Como lo evidencian las más de doscientas empresas vigentes, hay un apoyo significativo centrado en la producción, distribución y consumo de libros canadienses. Esto conlleva diferentes interpretaciones: desde la capacidad de los editores de movilizarse políticamente hasta una excesiva dependencia a los apoyos federales y provinciales. Sin embargo, simultáneamente, aquellos que ganan más vendiendo libros en Canadá no son las editoriales del país, sino las transnacionales.

Entre la paradoja que distingue el proteccionismo y el libre comercio se desarrolla una industria editorial que ha publicado autores mundialmente reconocidos, premios nobel y bestsellers. Queda analizar el modo en que se vinculan las políticas públicas y las expresiones culturales de Canadá como actor fundamental en Norteamérica para continuar profundizando en los estudios canadienses y del libro.

Bibliografía:

Arizpe, Lourdes y Alonso Guiomar, 2005, "Cultura, comercio y globalización", en Cultura, política y sociedad. Perspectivas latinoamericanas. Buenos Aires, CLACSO.

Atwood, Margaret, 2009, *Essays on Her Works*, Canadá, Guernica Editions.

- Burney, Derek y Kevin Ackhurst, 2011, "Canadian Protectionism? Political and Legal Considerations for Foreign Investment in Canada", en *Opinions Politiques*, noviembre, pp. 58-64.
- Calhoun, Craig, 1998, "Nationalism and the Contradictions of Modernity", *Berkeley Journal of Sociology*, núm. 42, pp. 1-30.
- Castaldo, Joe, 2022 agosto, "Publishing in Canada is broken. Will the pending Simon & Schuster-Penguin Random House merger make it worse?", disponible en <https://www.theglobeandmail.com/arts/books/article-canada-publishing-industry/>, consultado el 5 de julio de 2024.
- Castellano, Pilar, 2004, "México a través de los siglos. De la coedición a la autonomía editorial", en *Centros y periferias*, vol. 3, pp. 35-44.
- Colleu, Gilles, 2008, *La edición independiente como herramienta protagónica de la bibliodiversidad*, Argentina, La Marca Editora.
- Desai, Leena, 2018, "Print book formats: A Closer Look at How Simon & Schuster Canada Uses Formats to Find their Readers", Tesis de maestría, Simon Fraser University.
- Dewar, Elaine, 2022 mayo, "How Canada Sold Out Its Publishing Industry", disponible en <https://thewalrus.ca/no-one-blinked/>, consultado el 5 de julio de 2024.
- Dewar, Elaine, 2017, *The Handover: How Bigwigs and Bureaucrats Transferred Canada's Best Publisher and the Best Part of Our Literary Heritage to a Foreign Multinational*, Canadá, Biblioasis.
- Dwivedi, Aditi, 2023, "Beyond Boundaries: Examining the Publishing Process of Simon and Schuster Canada's Diverse Fiction Titles", Tesis de maestría, Simon Fraser University.
- Faulkner, Hugh, 1974, *Secretary of State, Speech to the annual meeting of the Canadian Book Publishers Council*, Toronto, The Department of Communications Government of Canada.
- Frau-Meigs, Divina, 2006, "'Excepción cultural', políticas nacionales y globalización", en *Estudios Cinematográficos*, año 11, núm. 29, pp. 1-16.
- Frigon, Mathieu, 2011, "The Foreign Investment Review Process in Canada", en *Background Paper*. Library of Parliament, núm. 42, pp. 1-17.

Fulford, Robert, mayo 2017, "How the death of the Ryerson Press made a Canadian institution out of something that wasn't", disponible en <<https://nationalpost.com/entertainment/books/how-the-death-of-the-ryerson-press-made-a-canadian-institution-out-of-something-that-wasnt>>, consultado el 5 de julio de 2024.

George, Roy y Michael Bradfield, 1984, *The Canadian Controlled Book Publishing Industry*, Canadá, The Department of Communications.

Globerman, Steven, 1984, "The Consistency of Canada's Foreign Investment Review Process—A Temporal Analysis", en *Journal of International Business Studies*, vol. 15, núm.1, pp. 119-129.

Globerman, Steven, 2015, *An economic assessment of the Investment Canada Act*, Canadá, Fraser Institute.

Godard, Barbara, 2000, "Notes from the Cultural Field: Canadian Literature from identity to Hybridity", en *Essays on Canadian Writing*, vol. 72, pp. 209-258.

Hemmungs Wirtén, Eva, 1998, *Global Infatuation. Explorations in Transnational Publishing and Texts. The Case of Harlequin Enterprises and Sweden*, Canadá, Uppsala University.

Henningsgaard, Per, 2020, "Types of Publishing House", en *Contemporary Publishing and the Culture of Books*, Nueva York, Routledge, pp. 46-57.

Hesmondhalgh, David, 2012, *The Cultural Industries*, Londres, SAGE.

Kuitenbrouwer, Peter, mayo 2017, "Nelson Education buys McGraw-Hill Ryerson unit to create textbook publishing giant", disponible en <<https://financialpost.com/news/nelson-education-buys-mcgraw-hill-ryerson-to-create-textbook-publishing-giant>>, consultado el 5 de julio de 2024.

Leong-Chung, Brigitte, Elvira Chan y Samuel Bellgam, 2017, "Is Canada's Literary Scene Worth Staying For?", en *Publishing 391. The Structure of the Book Publishing Industry in Canada*, pp. 1-13.

- Li, Yuan, 2017, "Cultural Protection Policies and New Changes in Canadian Book Publishing Industry", en *Publishing 391. The Structure of the Book Publishing Industry in Canada*, pp. 1-9.
- Lorimer, Rowland, 2013, *Ultra Libris: policy, technology, and the creative economy of book publishing in Canada*, Canadá, ECW Press.
- MacSkimming, Roy, 2007, *The Perilous Trade. Book Publishing in Canada 1946-2006*, Canadá, McClelland & Stewart.
- MacSkimming, Roy, 2017, NET BENEFIT. Canada's Policy on Foreign Investment in the Book Industry A Research Report for the Association of Canadian Publishers, Canadá, ACP.
- Martínez-Zalce, Graciela y Camelia Tigau, "Introducción", en *Canadá y sus paradojas en el siglo XXI*, vol. 2, Artes, ciencia, política, medios y migración, México, UNAM.
- Medley, Mark, enero 2012, "Random House of Canada becomes sole owner of McClelland & Stewart", disponible en <<https://nationalpost.com/afterword/random-house-becomes-full-owner-of-mcclelland-stewart>>, consultado el 5 de julio de 2024.
- Miège, Bernard, 1987, "The Logics at Work in the New Cultural Industries", en *Media, Culture & Society*, núm. 9, pp. 273-289.
- Mirrlees, Tanner, 2016, *Global Entertainment Media Between Cultural Imperialism and Cultural Globalization*, New York, Routledge.
- Montpetit, Eric, 2016, *In Defense of Pluralism*, Reino Unido, Cambridge University Press.
- Nawotka, Ed, enero 2024, "Canadian Publishers Launch Campaign to Boost Canada Book Fund", disponible en <<https://www.publishersweekly.com/pw/by-topic/international/international-book-news/article/94190-canadian-publishers-launch-campaign-to-boost-canada-book-fund.html>>, consultado el 5 de julio de 2024.
- Norton, Roy, *Canada's Nationalistic Book Publishing Policy: A Review of Stakeholders' Criticisms, 1985-1990*, Estados Unidos, Cambridge University Press, 1991.
- O'Sullivan, Barry, 1980, "Canada's Foreign Investment Review Act Revisited", en *Fordham International Law Journal*, vol. 4, núm. 1, pp. 175- 198.

- Parker, George, et al, 2007, "L'édition commerciale et l'édition régionale en langue anglaise", en *Histoire du Livre et de L'imprimé au Canada*, Canadá, Presses de l'Université de Montréal.
- Parker, George, 2002, "The Sale of Ryerson Press: The End of the Old Agency System and Conflicts over Domestic and Foreign Ownership in the Canadian Publishing Industry, 1970-1986", en *The Bibliographical Society of Canada*, vol. 40, núm. 2, pp. 7:56.
- Pennee, Donna, 1999, "Culture as Security: Canadian Foreign Policy and International Relations from the Cold War to the Market Wars", en *International Journal of Canadian Studies*, vol. 20, núm. 1, pp. 191-213.
- Prévost, Hélène, 1994, "The Baie Comeau Policy and Foreign Ownership in The Canadian Book Publishing Industry: Culture, Continentalism, and Canada-U.S. Relations", Tesis, Carleton University.
- Roht, Toivo, 1978, "Canada's Developing Book-Publishing Industry", en *Library Trends*, vol. 26, núm. 4, pp. 527-538.
- Sapiro, Gisèle, 2017, *Las condiciones de producción y circulación de los bienes simbólicos*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.
- Scott, Jennifer y Myka Tucker-Abramson, 2007, "Banking on a Prize: Multicultural Capitalism and the Canadian Literary Prize Industry", en *Studies in Canadian Literature*, vol. 32, núm. 1, pp. 5-20.
- Smitka, Kristine Yvonne, 2014. "Canadian Writers, McClelland & Stewart, and the Paperback Book: Remediation, Publishing, and Cultural Context", Tesis de doctorado, U of Alberta.
- Statistics Canada, 2022, "Book publishers, detailed financial statistics by country of control", disponible en <<https://www150.statcan.gc.ca/t1/tbl1/en/tv.action?pid=2110020201>>, consultado el 5 de julio de 2024.
- Taras, David, 2008, "Brian Mulroney's foreign policy", en *The Round Table. The Commonwealth Journal of International Affairs*, núm. 293, pp. 35-46.
- Wayne Knights, Penney Clark, 2011, "'Gringo Operations': Nationalism and Capital in Canadian Educational Publishing, 1970-81", en *Journal of Canadian Studies*, vol. 45, núm. 2, pp. 123-161.

Norteamérica, Revista Académica del CISAN-UNAM, año 20, número 1, enero-junio de 2025

DOI: <https://doi.org/10.22201/cisan.24487228e.2025.1.698>

Versión *Ahead-of-Print*

La revista **Norteamérica** publica versiones *Ahead-of-Print* (AOP) de los artículos dictaminados mediante una rigurosa evaluación de tipo doble ciego y que han sido aceptados por el Comité Editorial con el fin de ofrecer un acceso más amplio y expedito a ellos. / **Norteamerica** publishes Ahead-of-Print (AOP) versions of all manuscripts that have undergone a rigorous double-blind peer-review and been approved for publication by the Editorial Board in order to provide broader and earlier access to them.